

Concepciones de lectura, leer y lector. Encuentro con los rumiantes de palabras*

Concepts of Reading, the Act of Reading and the Reader. A Meeting with Avid Readers

Concepções de leitura, ler e leitor. Encontro com os ruminantes de palavras

Luis Ernesto Pardo Rodríguez

Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia
lpardo@unisalle.edu.co

Catalina Gamba Castro

Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia
catagamba@yahoo.com

Resumen

El artículo nace de la necesidad de plantear una reflexión en torno a las concepciones de lectura, leer y lector. Se pretende comprender que la práctica de la lectura es un conjunto de actos pausados, sosegados, disciplinados que evocan y permiten construir en la memoria del lector tramas, desenlaces, imagen de personajes, destellos de la condición humana en la literatura, la historia, la filosofía, o sencillamente en lecturas disciplinadas que forjan al lector como *rumiante de palabras*. El recorrido bibliográfico parte de William Ospina, Estanislao Zuleta, Jesús Martín Barbero, Roger Chartier; pedagogos, Paulo Freire, Emilia Ferreiro, Judith Kalman y Fernando Vásquez; referentes clásicos, John Locke, Friedrich Nietzsche, Werner Jaeger. El artículo fundamenta el resultado de una exploración bibliográfica sobre el tema de la lectura en el contexto del Proyecto de Investigación "Formación ciudadana en torno a las políticas culturales" de la Universidad de La Salle".

Palabras clave: lectura, prácticas de lectura.

Abstract

The paper stems from the need to reflect on the concepts of reading, the act of reading and the reader. The goal is to understand that the practice of reading is a set of deliberate, sedate, disciplined acts that evoke and allow the building, in the reader's mind, of plots, endings, character images, glimpses of the human condition in literature, history, philosophy, or simply in academic readings that shape the reader into a *lover of words*. We start with William Ospina, Estanislao Zuleta, Jesús Martín Barbero, Roger Chartier; moving through educators Paulo Freire, Emilia Ferreiro, Judith Kalman and Fernando Vásquez; and classical references John Locke, Friedrich Nietzsche, Werner Jaeger. The article builds the result of a literature exploration on the subject of reading in the context of Research Project "Civic education about cultural policies" by La Salle University.

Keywords: Reading, reading practices.

Resumo

O artigo nasce da necessidade de sugerir uma reflexão em torno às concepções de leitura, ler e leitor. Pretende-se compreender que a prática da leitura é um conjunto de atos pausados, sossegados, disciplinados que evocam e permitem construir na memória do leitor tramas, desenlaces, imagem de personagens, flashes da condição humana na literatura, a história, a filosofia, ou simplesmente em leituras disciplinares que forjam ao leitor como *w*. O percurso bibliográfico parte de William Ospina, Estanislao Zuleta, Jesús Martín Barbero, Roger Chartier; pedagogos, Paulo Freire, Emilia Ferreiro, Judith Kalmam e Fernando Vásquez; referentes clássicos, John Locke, Friedrich Nietzsche, Werner Jaeger. "O artigo fundamenta o resultado de uma exploração bibliográfica sobre o tema da leitura no contexto do Projeto de Pesquisa "Formação cidadã em torno às políticas culturais" da Universidade de La Salle".

Palavras chave: leitura, práticas de leitura.

Recibido: 10 de septiembre de 2013 **Aprobado:** 23 de enero de 2014

Cómo citar este artículo: Pardo Rodríguez, L. E. y Gamba Castro, C. (2014). Construcción del concepto de lectura: encuentro con los rumiantes de palabras. *Códices*, 10 (1), 71-93.

* Este artículo corresponde a un resultado parcial de indagaciones bibliográficas del proyecto titulado *Formación ciudadana en torno a políticas culturales: las potencialidades del enfoque democrático relacional*, financiado por el Centro de Estudios en Desarrollo y Territorio adscrito a la Vicerrectoría de Investigaciones y Transferencias de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia.

Introducción

El artículo plantea tres reflexiones: la primera aborda la perspectiva filosófica de Estanislao Zuleta sobre *la lectura en el hombre moderno y los rumiantes de palabras*; la segunda gira en torno a *los lectores y el entendimiento*, una apuesta filosófica sobre el entendimiento y la sensibilidad del lector para la comprensión y la interpretación de textos, y la última, con William Ospina se hace una consideración sobre *el placer de la fantasía y de la imaginación en la lectura* desde la desaparición paulatina de los dragones en la literatura que racionaliza los actos literarios hasta la inocencia en el acto lector, un factor predominante para la creación y la recreación de conocimientos.

Entender el significado y el sentido de la lectura, de leer y del lector es adentrarse en el mundo de los *rumiantes de palabras*, seres comprensivos e interpretativos que dominan las habilidades y las competencias lectoras. Para formarse como lector se requiere un proceso constante de aprendizaje que normalmente se inicia en los primeros años de vida, se consolida con la práctica continua que quizá nunca termine, el acto de leer es uno de los comportamientos académicos e intelectuales más complejos que identifican al ser humano. La lectura dignifica su quehacer en la sociedad y le facilita herramientas para entender y transformar su realidad.

En la actualidad, existen grandes volúmenes de información disponibles sobre lectura, por ello este artículo tiene el propósito de reflexionar sobre los conceptos de *lectura, leer y lector* desde conceptos y posturas de autores especiales que han escrito sobre lectura: la perspectiva filosófica de Estanislao Zuleta sobre la lectura, interpretando la obra de Federico Nietzsche; el punto de vista de John Locke desde su perspectiva cognitiva, la postura literaria de William Ospina, de su libro *La decadencia de los dragones* y la perspectiva de pedagogos latinoamericanos como Paulo Freire y Emilia Ferreiro, entre otros.

La idealización del encuentro entre la lectura, leer y el lector devela una atracción permanente, el lector se cautiva con las palabras del autor, llega a conocerlo, a comprenderlo a interpretarlo; cuando se materializa esta relación se atreve a criticarlo, porque la condición básica de la crítica es el conocimiento del tema de interés. Paralelamente, va forjando opiniones, posturas, que se

evidencian en el proceso de escritura, etapa de la creación y, luego se inicia el eterno retorno, un nuevo proceso de lectura con nuevos retos, con el espíritu renovado y un estímulo permanente para engrandecer la esencia del lector.

Un invitado permanente en la reflexión sobre las concepciones de *lectura*, *leer* y *lector* es el autor, cuando él plasma y publica sus ideas pierde su potestad de propietario, el nuevo propietario de sus ideas es el lector, quien trae consigo su bagaje académico e intelectual y establece un diálogo con él a través del texto. Se trata de un juego de desciframiento, el código del autor es una incertidumbre, una incógnita, por lo tanto, el reto consiste en identificar lo explícito y lo implícito en el texto, descubrir los intersticios del texto, comprender e interpretar la humildad de sus palabras, la grandeza del pensamiento y la voz del autor en comunión con sus lectores.

¿Qué es la lectura?

El *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española [RAE], 2001) presenta diversas acepciones de la palabra lectura que hacen referencia a los actos cognitivos que asientan el significado de los términos lectura y el acto lector que, por separado, son dimensiones que se revelan en el lector. La lectura es la sucesión de actos dentro de un proceso de enseñanza y aprendizaje y se consolidan mediante la experiencia: “acción de leer”, es la “comprensión de lo escrito”, la “interpretación del sentido de un texto”, una “disertación sobre un tema”, se llama también “lectoría”; nominaciones y conceptos, puntos de referencia que se explicitarán a lo largo del texto para entender su horizonte de comprensión y de interpretación, acciones significativas en el acto lector.

La comprensión es “la capacidad o perspicacia para entender y penetrar las cosas” (RAE, 2001), se asocia con la identificación y la composición del significado literal del texto, al conocimiento objetivo de su estructura intelectual, y al valor del texto en un contexto específico. La comprensión implica procesos cognitivos básicos y superiores; los básicos: la atención, la memoria, la sensación y la percepción, se manifiestan en el contacto del sujeto con su entorno, con la información que recibe y asimila, y con el conocimiento que aprehende y construye; los superiores: la inteligencia, el pensamiento, el razonamiento y el lenguaje, permiten deducir e inferir el significado del texto de

acuerdo con su contenido, la intención comunicativa del autor, unidos a los propósitos y los intereses del sujeto lector.

La interpretación es la acción de “explicar o declarar el sentido de algo, y, principalmente de un texto. Explicar acciones, dichos o sucesos que pueden ser entendidos de diferentes modos” (RAE, 2001). La interpretación inspira la producción de sentido, se requiere la postulación de juicios, conceptos y valoraciones sobre el texto. Interpretar es reconocer el punto de vista del autor, su postura, su ideología. La interpretación —en palabras de Hans-Georg Gadamer (1993)— es una *fusión de horizontes*, es un proceso interminable, es un diálogo abierto entre el autor y el sujeto-lector, el lector-intérprete a través del texto. Es la construcción de hipótesis sobre el sentido del texto.

La lectura se inicia en el individuo mediante las representaciones que incorpora del reconocimiento de los símbolos, las figuras, las gráficas, las letras, los números, los signos matemáticos, el sujeto es ante todo un receptor de imágenes que procesa la información para contextualizar y posibilitar la interacción con su entorno. La aprehensión de información se cimienta con la observación y el entendimiento de la naturaleza de las cosas; las representaciones que surgen del proceso se asocian con palabras y las palabras con las ideas; el proceso culmina cuando las ideas se cohesionan en el pensamiento. La integración de representaciones, palabras y pensamientos hacen de la lectura una actividad particular, una acción subjetiva que encarna tan solo en cada individuo (Díaz de García, 1977).

El dominio de la lectura se origina en la *techné de la lectura* y la *areté de la lectura*; la primera refiere a la comunicación y la aprehensión de experiencias y habilidades para entender la lectura como un proceso significativo en el proceso de aprendizaje, de formación. La segunda es la virtud, la excelencia evolutiva de la lectura en cada individuo. Los dos conceptos son inmanentes, se sostienen en el tiempo, perduran en la naturaleza cognitiva del individuo. La *techné*, perfeccionada en el tiempo, parte de reglas y de condicionamientos propios de la sociedad educadora en que nace, su nivel de profundidad no se mide ni se agota con facilidad. La exploración del lector es perdurable, él establece sus lecturas, los límites conceptuales y temáticos. Su *areté* es el virtuosismo, es el arte de la lectura que obtiene el lector en su práctica cotidiana (Barthes, 2009 [1976]; Jaeger, 2001).

La trascendencia de la lectura es una constante en la obra de Paulo Freire. “La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra” (1981, s. p.); con esta frase hace un razonamiento en torno a la importancia del acto de leer, *el mundo y la palabra* son dos lecturas que se prolongan en la vida del sujeto y son inseparables. El niño hace contacto con imágenes, historias y cuentos que se convierten en palabras, textos y letras; desarrolla el habla, el comportamiento, la percepción; comienzan los balbuceos y los monólogos de la imitación de los adultos; despiertan las emotividades y el gusto: sensación del agua, el sabor de los alimentos, la textura de los juguetes, la fragilidad del papel, las huellas de las manos y de los pies por toda la casa. En pocas palabras, se inició la lectura del mundo.

La lectura de la palabra se inicia al escuchar el lenguaje de otros niños y de los mayores: juegos, conversaciones, música, noticias en los medios de comunicación, también el reconocimiento de lugares que se anuncian con avisos rimbombantes, “Tienda El Faro”, “Miscelánea La Princesita”, “Cafetería Pili”, “Baratillo La Campana”, “Droguería Veracruz”. La lectura de la palabra se emprende en el hogar y se formaliza en la escuela, junto con las letras posibilitan otro significado, su combinación con las imágenes producen confusiones, pero su aplicación en *la lectura del mundo* aclara la naturaleza de las cosas (Freire, 1981).

La lectura del mundo y la lectura de la palabra no pueden separarse, son un apego por la vida misma, nacen de la comprensión y la interpretación de la realidad. La riqueza de las primeras experiencias del niño le permite formarse un bagaje lo suficientemente amplio para entender mejor el texto y el contexto. Es una sucesión de eventos con un resultado asertivo, el niño que mejor lee el mundo, lee mejor la palabra, en ello interactúan el entorno familiar y los primeros amigos.

De allí la lectura hace tránsito hacia los entornos: académico, intelectual, pedagógico y didáctico. En lo académico, el lector se compromete con la lectura, comparte, elige, forja interacciones de información y conocimiento. En lo intelectual surge el gusto por la cultura mediante lecturas que van más allá del conocimiento técnico, permiten auscultar nuevos escenarios de ficción: la novela, la poesía, el cuento. En lo pedagógico y lo didáctico surge la autonomía del individuo, él se convierte en su propio maestro, lector autónomo, ser

independiente, que selecciona lecturas, que lo hace con el deseo y el placer de un experto.

Para Emilia Ferreiro, la lectura es “un proceso de coordinación de informaciones de diversa procedencia, particularmente desde el lector y el texto, cuyo objetivo final es la obtención de significados” (Ferreiro *et al.*, 1982, citada por Carrasco, 2003, p. 130). Aprender a leer se fundamenta en un proceso pausado, sosegado, apacible, y ante todo repetitivo, que forma rutinas, prácticas diarias que vuelven al individuo mejor lector, que invita al lector a adentrarse en el texto, comprender sus aportaciones, intuir el trasfondo, las intenciones y hacerse partícipe en la decantación y la construcción del sentido y del significado. Reconocer el texto que se está leyendo, discernir sobre el tipo de texto, bien sea narrativo, informativo, analítico, crítico o instrumental; la identificación del vocabulario, palabras clave, conceptos y categorías son acciones que favorecen la lectura comprensiva e interpretativa.

“La lectura es un gran escenario donde es preciso descubrir quiénes son los actores y los autores. [...] Parte de la magia consiste en que el mismo texto vuelve a representarse una y otra vez, delante de las mismas marcas” (Ferreiro, 2000, p. 6). No importa cuántas veces se vuelva a leer el mismo libro, en realidad es como ver una película una y otra vez porque cada vez se descubren detalles que no se habían identificado antes, el misterio y el embrujo residirán siempre en la lectura, aunque sean las mismas frases leídas una y otra vez. La magia aparece en la historia de siempre, la fascinación del niño es el orden y la afirmación de las palabras no son ráfagas de sonidos, son frases que se leen despacio y que permiten percibir la ilación del cuento, de la narración. En palabras de Alberto Manguel (2007), el privilegio de la relectura nace en la infancia y se consolida en la edad adulta, ejercer la relectura es visitar viejos amigos, evocar con ellos pasajes que afincaron la amistad, es reencontrar la sensibilidad en las palabras. Aunque la madurez del lector sea diferente a la del infante que inició la relectura el sentimiento por los pasajes leídos es perdurable.

Como todos los actos del sujeto, la lectura es un acto intencionado que comprende ejercitación de los procesos cognitivos para la comprensión e interpretación. La lectura implica presaberes, expectativas, objetivos del lector, anticipación de contenidos del texto, formulación de conjeturas y la imaginación para el desenlace. Aunado a la construcción de notas y escritos que den

cuenta de la postura del sujeto-lector frente al texto. La lectura es un proceso creativo, que obliga a la producción de nuevos textos; una lectura sin producción textual es un ejercicio lúdico interesante, pero en el sentido pragmático, precisa evidencias de aprehensión de conocimiento que tengan utilidad en los procesos académicos e intelectuales.

¿Qué es leer?

Etimológicamente proviene del latín *legere*, que significa escoger, seleccionar, ejercer un acto consciente de preferencia y lectura de un texto escrito en un contexto particular. En sentido figurado, *leer es compilar para sembrar, sembrar para cosechar, cosechar para obtener frutos, obtener frutos recrear conocimiento*. Leer implica la ejecución de procesos de aprendizaje que involucran “pasar la vista”, “describir por indicios”, “adivinar algo oculto”, “descifrar un código”, “enseñar o explicar sobre un texto” (RAE, 2001); entender, comprender, criticar, interpretar, y crear. Estas acciones “inconscientes” adquieren sentido de acuerdo con el nivel de profundidad que quiera dársele; se involucran, la experiencia del lector, los objetivos de la lectura, las metas del lector y los resultados del acto de leer.

Leer es conjugar acciones de manera sistemática, ordenada, con un propósito, un objetivo; se identifica un texto, un contexto, un autor, un tema de interés, se identifica y se interpreta el código del autor y la magnitud de su narración. Leer es aplicar los procesos de aprendizaje colectivo y autónomo. El caso es sencillo, cuando se lee en voz alta, se enriquece al unísono a todos los participantes, el entendimiento suscita múltiples significados. Cuando el individuo lee solo, se enfrenta a significados y sentidos inciertos que se validan mediante una evidencia escrita. Leer es comprender e interpretar para crear, acto sublime del trabajo del lector en su papel de redactor o escritor; él es quien crea o recrea nuevo conocimiento.

Para Roland Barthes (2009 [1976]), leer es un acto universal que no permite ninguna clasificación; se lee en cualquier contexto, se leen ilustraciones, avisos en la calle, rutas de destino representaciones, relatos, actitudes, semblantes, lugares, entre muchos objetos y contextos. El acto se complejiza de acuerdo con la intención del lector, con sus objetivos de lectura; puede ser superficial o profundo: superficial cuando se pasa la vista, sin interés alguno, sin

motivación o sin una meta definida; es profundo, cuando existe una motivación problemática, cuando se buscan respuestas a situaciones hipotéticas, cuando el proceso se materializa en la creación de textos, en la reinterpretación de la realidad mediante una nueva postura de pensamiento.

Para Jesús Martín-Barbero (2005), leer es informarse, mantenerse al tanto de la situación actual, no importa el formato en que venga la información, puede ser: libro, periódico, revista, video, un programa de TV; en papel, electrónico o digital, no importa, importa estar informado. Leer es aprender a vivir, cultivar la personalidad, sembrar carácter, construir estilo propio. Es abrir las puertas del universo mediante la comprensión y la interpretación de la realidad. Es recopilar y aprehender evidencias de información, conocimiento y aprendizaje. Es concebir comunidad, es participar activamente en la sociedad, es perdurar con el espíritu individual y colectivo en la búsqueda del bien común.

Leer también es escuchar, aprender de la factura musical de la voz del otro. Es necesario saber quién habla, para qué habla, qué interés tiene ese código, ese mensaje, qué posición debe tomar el lector. Leer forma oyentes críticos, que reconocen un ser humano en el otro: las voces de los otros, sus pausas, sus silencios. De la escucha surgen modelos para la aprehensión y la construcción de palabras, discursos y posturas propias, voces reflexivas, críticas, que discernen sobre lo social, lo político, lo económico, espacios de interés comunitario, que hacen visible el lector que escucha (Martín-Barbero, 2005).

Leer, para Roger Chartier (2008), es aprender. El acto de leer define las condiciones de acceso a la información para la aprehensión y la creación de conocimiento, sin leer el individuo moderno difícilmente aprende, comprende y se interrelaciona con los demás. Históricamente, la tradición oral fue privilegio de los primeros grupos humanos, aún en nuestros días muchos oficios artesanales en el ámbito rural y aún en espacios urbanos se transmite de generación en generación con el protocolo maestro-aprendiz, de enseñanza y aprendizaje oral, sin la mediación de lo escrito. Chartier (2008) la denomina la *sabiduría de los humildes*: los niños pueden enseñarles a los ancianos; los simples a los doctos; las mujeres a los hombres, situación que le da orden a la sabiduría. La tradición oral se basa en la escucha, que la constituye en un medio para la transmisión de conocimiento.

Para Judith Kalman, “las formas de leer y el escribir que aprendemos se forjan en situaciones de uso, nos apropiamos de ellas en la medida [en] que las conocemos y participamos de ellas” se lee para ampliar la participación en *actos socialmente valorados* (2004a, p. 25). Leer es descifrar, descodificar, es un acto que involucra el entendimiento y la comprensión de las actividades y las tareas que realiza el sujeto; leer es rebasar la descodificación, implica la construcción de *prácticas comunicativas*, que involucran *procesos sociales* que forjan la creación y la producción de nuevo conocimiento. Leer es una necesidad del hombre moderno, él necesita comprender, impactar y transformar la realidad, evolucionar su pensamiento, asentar remembranzas, evocaciones, ser lector hoy en día es imprescindible porque los seres humanos tenemos la necesidad de acceder a la información para concebir conocimiento, por una u otra razón, la lectura se necesita en la vida cotidiana, es importante saber desde la perspectiva del lector qué piensan, qué escriben, qué analizan y qué interpretan los autores sobre los temas de mutuo interés (Kalman, 2004b, p. 100).

Las *prácticas comunicativas* que surgen del acto de leer se complementan con la escucha, es necesario saber quién habla, hay que hacer una pausa para escuchar al otro, tal vez escuchar su interior, escuchar a la naturaleza. Kalman no desliga el leer del escribir, con la escritura, se logra materializar el proceso lector descriptivo, reflexivo, crítico: quien lee es erudito, quien escribe es ingenioso, artesanos de la palabra, constructores de sentido. Con el acto de hablar, el individuo forja su discurso, su competencia, su proceso autónomo de aprendizaje, puede razonar desde sus opiniones, posturas, percepciones y argumentaciones (Kalman, 2004b).

Leer implica mucho más que pasar la vista por unas líneas, implica deleitar cada significado; reconocer los signos de puntuación y entender su función en el texto; comprender e interpretar cada entrelínea que da apertura a nuevos conocimientos. Las palabras seducen, enamoran le dan sentido a las cosas.

Leer es seducir(se), es encantar(se), es enamorar(se) de un relato, un texto, un artículo, de un autor. En los procesos de enseñanza y aprendizaje se generan interacciones que determinan el placer por la lectura, el profesor debe ser un *encantador de saberes*, un mediador para la construcción de conocimientos, debe iluminar el camino del lector, el camino de la lectura, ser baquiano de rutas insospechadas. Por su parte, el estudiante debe ser fiel a sus expectativas y

debe dejarse llevar por las palabras, los párrafos y los textos que de la mano del profesor puede prodigarse un buen bagaje intelectual que le permita construir y deambular por sus propias rutas de conocimiento.

¿Qué es ser lector?

Lector proviene del latín *lector*, *-ōris* que significa *el que lee habitualmente o por oficio* y a su vez del supino de *legere* – leer escoger, más el sufijo *tor* agente que hace la acción; *el que lee o tiene el hábito de leer*, el hábito de leer identifica en las personas su competencia lectora, sus prácticas de lectura, su discurso oral o escrito y sus prácticas de escritura (RAE, 2001; Del Col, 2007).

El lector es el sujeto que comprende, analiza e interpreta la realidad desde su capacidad lectora, experiencia y conocimiento de las cosas, en la interacción con su mundo natural y social. En este sentido, las acciones cognitivas parten de la comprensión y la interpretación de un texto, sin importar su soporte de presentación o de almacenamiento.

En la era contemporánea, ser lector es imprescindible, los seres humanos tenemos la necesidad de información, la lectura se necesita, se utiliza y se aprovecha en la vida cotidiana. Para que se le tome interés a la lectura es indispensable fomentar espacios de escritura y de lectura, por lo tanto, es tarea de todos ser alfabetizadores, puesto que, en palabras de Kalman “alfabetizarse significa aprender a manejar el lenguaje escrito —los géneros textuales, los discursos, los significados, las palabras, las letras— de manera deliberada e intencional para participar en eventos socialmente valorados y relacionarse con otros” (Kalman, 2003, p. 39). El lector es un alfabetizador autónomo, un cazador furtivo que va en busca de un autor, de un escrito para leer y compartir, o producir escritos propios que evidencien su gusto y placer por la lectura.

El texto de Roland Barthes *Sobre la lectura* describe atributos que hacen del lector un *lector total*: múltiple, cercano a las diversas lecturas de la realidad en su texto y contexto, que comprende el significado de las acciones naturales y sociales; paragramático, que identifica el sentido que subyace en el texto, aquellas que se esconden en cada frase y le permiten acercarse a otras interpretaciones más allá de lo normal; paradoja del lector, las acciones del lector van más de la descodificación de letras, palabras, sentidos y estructuras;

es un concepto que trasciende ese horizonte (Barthes, 2009 [1976]). El lector total participa en el juego dialéctico que propone lectura, el juego de la comprensión, la interpretación y la producción de nuevo conocimiento. Un placer infinito que evoluciona, que trasciende de la decodificación hacia la sobredecodificación; un placer que rebasa el desciframiento de textos porque los produce. El lector total, en la formación de sus competencias, apropia terminologías y se deja permear por ellas, él encarna el camino, del discernimiento y la producción o la recreación de nuevos textos (Barthes, 2009 [1976], p. 5).

Sin lugar a duda, leer y escribir son formas importantes para moverse en el mundo, son prácticas individuales de dominio de la lectura y del código escrito. Para aprender a ser un buen lector hay que leer mucho y por fortuna hay bastante para leer. La práctica de la lectura pone al individuo en comunicación con el otro; al leer cada cual momentáneamente se hace otro; es percibir los esfuerzos de un autor para transmitir las vivencias de una sociedad, de un pueblo, de una pareja o la elaboración de un plato exquisito o las aventuras de un expedicionario. En el conflicto entre el lector soñado por el autor y las expectativas del lector surge la tensión de la apropiación intelectual.

El lector es juez y parte, es propietario intelectual, va de la mano con el autor en la narración y se involucra en los personajes sin importar el papel que desempeñe y lo que pueda sentir, desear, temer, anhelar frente a la narración. El lector que toma partido en el relato determina su gusto por uno o varios personajes, por una situación, un texto, un contexto. Cuando el lector se identifica con un personaje adquiere el poder de juzgar, de animar el desarrollo del texto, de fijar límites y esperar el desenlace de la trama.

El sujeto-lector, un rumiante de palabras

Estanislao Zuleta (1985) interpreta la evolución del sujeto-lector mediante la obra de Federico Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (1993); la formación del pensamiento filosófico por medio de las transformaciones del espíritu: entonces el espíritu se convierte en Camello, que representa la capacidad de trabajo, admiración de los discursos de grandes maestros, humildad para aprender y comprender; superada esta fase, el espíritu se convierte en León, simboliza la capacidad de oposición, análisis crítico, rebelión, el espíritu confronta ideas,

fija posición propia frente a un tema; entonces el León se enfrenta al Dragón, que simboliza “el tú debes”, la obligación de leer, contrario al gusto, la imposición. De esa confrontación nace la interpretación. Finalmente el espíritu se transforma en niño; personifica la capacidad de creación, el juego, la inocencia y el olvido, la propuesta de ideas nuevas, textos, discursos y la posibilidad de generar nuevo conocimiento. El espíritu es la combinación de los tres símbolos, con ellos se consolida el pensamiento filosófico.

Estanislao Zuleta (1985) problematiza la lectura del hombre moderno, pone en crisis al sujeto-lector por el afán de su acto lector y la falta de comprensión; no digiere el texto, no lo interpreta y mucho menos se deja seducir por sus encantos. La lectura cambió su esencia de la lectura comprensiva e interpretativa, pausada, sosegada, se pasó a la lectura utilitaria, instrumental; se lee para cumplir requerimientos académicos, exigencias laborales, reivindicaciones sociales; estar enterado de situaciones cotidianas: noticias en internet, nuevas publicaciones; valor de las monedas que rigen el mercado; o consultas en la internet para la solución de necesidades básicas de información.

Este apresuramiento en la lectura desvirtúa el placer de leer, un acto pausado, gozoso de inmenso regocijo unido a la asimilación del texto, su entendimiento e interpretación. Leer es una tarea difícil, una práctica que mediante la repetición puede convertirse en hábito, en una rutina que se desarrolla con devoción, veneración y persistencia, un rito casi sagrado. Se necesita tiempo para ejercitar la imaginación y entender los pensamientos de los autores, hasta llegar a sentir innumerables sensaciones y cuando menos se piensa hará por gusto al saber que se puede ver el mundo a través de otros y de sus textos.

Leer es mucho más que pasar la vista, es el reconocimiento de palabras, signos de puntuación; la comprensión y la interpretación de cada entrelínea que da apertura a nuevos conocimientos al darle sentido a un grupo de letras que seducen con el simple hecho de cohesionarse de integrarse en busca de sentido. Leer es rumiar, no significa un trabajo de memorización, de retención automática de datos, significa la comprensión profunda de lo que son esas letras, que al unir las abren la mente de una manera singular hacia el desciframiento del código del autor y del significado del texto (Zuleta, 1985).

El fin último de la lectura es la apropiación, la recreación y la creación de conocimiento: fase suprema del acto de leer; es ese momento en el cual el

individuo dignifica sus acciones cognitivas mediante la experiencia, la enseñanza y el aprendizaje; según Freire “es procurar o buscar crear la comprensión de lo leído de ahí la importancia de la enseñanza correcta de la lectura” (1994, p. 31) el compromiso es de todos los que desempeñan el papel de *rumiantes de palabras*: del escritor, al escribir textos, del lector, al leerlos y, del profesor, al enseñar el camino de la lectura. El cimiento de las acciones de leer, enseñar y aprender es la paciencia del rumiante, esa acción en la que todos los actores se detienen a ingerir informaciones, discernimientos, razonamientos, para compartirlos, discutirlos, socializarlos y fijar posturas que enriquezcan el conocimiento colectivo

La frase de Francis Bacon: “No leáis para contradecir o impugnar, ni para creer o dar por sentado, ni para hallar tema de conversación o de disertación, sino para sopesar y reflexionar” (citado por Bloom, 2000, p. 6) establece acciones en la lectura: sopesar y reflexionar, acciones autónomas que le posibilitan al lector la interpretación; es decir, sopesar es identificar hendiduras, fisuras en el texto que fortalecen, debilitan; permite la confrontación de los planteamientos del autor, conlleva la comparación de posturas, asumir el lenguaje y escritos del lector que reflejen su aprehensión, dominio y apropiación de conocimiento. Reflexionar es considerar la intención del autor en la construcción del texto, las implicaciones problemáticas que permiten discernir sobre su apuesta y resultados.

Harold Bloom (2000) habla de la lectura como un acto sosegado, pausado, en estado de paz, enmarcado en el placer; el texto ofrece un reto cognitivo y el placer no es necesariamente algo fácil de alcanzar, es una labor consciente que genera esfuerzo: una dificultad placentera. Leer bien es uno de los placeres que se consigue en la soledad, en la calma del día, en el espacio elegido, en la actitud pausada que requiere el rumiante lector, allí se descubre al otro, ese peregrinar lento lo lleva hacia la otredad, es el descubrimiento de amigos que disfrutan tranquilamente la vida, que disfrutan leer paso a paso, a pedacitos, con deleite, de la mano con las percepciones del autor.

Para Fernando Vásquez (2007), el lector es un rumiante de varios estómagos entre los cuales circulan letras, palabras, frases y párrafos; es un ejercicio de lectura continua que, por medio de la digestión del texto, prepara la mente y el espíritu para la comprensión y la reflexión de lo leído. El lector reconoce por

gusto, placer y expectativas en estanterías, en catálogos bibliográficos, el lector elige bien para no atragantarse, para degustar el texto: selecciona lo mejor para sí, lo más selecto, un gourmet frente a la exquisitez, reflexiona en torno a los juicios del autor, interpreta su mensaje, y aprehende lo que le es de mayor gusto. Este ejercicio propicia un diálogo con el autor —que es otro lector rumiante— genera transiciones de su código y el significado de su discurso.

La acción de los lectores *rumiantes de palabras* va más allá de la lectura fácil, de la lectura mecanicista, de la lectura rápida, en la que se tan solo se lee porque hay un requisito, un condicionamiento y, en el peor de los casos, una obligación. El disfrute de las palabras, de los relatos y aún más de los tecnicismos, hace valdero el regocijo de la lectura en las disciplinas. La comprensión del universo se hace diferente ante una lectura nueva. Se lee lo que se quiere, se lee lo que se ama, se lee porque se entabla una relación íntima entre dos personas: el autor y el lector, ellas son dos almas que se comunican, que necesariamente no interactúan ni llegan a conocerse, pero sí logran influencias porque el destino que marca la lectura apacible es un motivo de imaginación, creación y nacimiento de nuevos ideales.

Los lectores y el entendimiento

Etimológicamente, entendimiento es un vocablo griego *voûç* y el vocablo latino *intellectus*, que significan intelecto. Para Spinoza, es una potencia intelectual, es una capacidad de conocimiento, una potencia cognoscitiva, toda la facultad de conocimiento. El entendimiento es para Locke (1992) la potencia que coloca al hombre por encima del resto de las cosas sensibles. El entendimiento es el ojo mediante el cual se percibe el objeto de interés y se aprehende para convertirlo en su propio objeto.

John Locke (1992) afirmó que el entendimiento es el medio al que el hombre recurre para dirigir sus actos, interactuar socialmente y comprender la realidad. Los actos están determinados por una consideración, una motivación, un objeto de lectura, que orienta desde el utillaje intelectual del lector su capacidad de comprender, interpretar y producir conocimiento. El entendimiento guía al lector hacia la búsqueda de nuevos saberes que le permitan forjar su sabiduría y concebir sus propios juicios.

El entendimiento comprende en su primer grado la sensibilidad y en segundo grado la reflexión: la sensibilidad hace que el objeto de interés sea apreciado, se diferencie de otros similares, que pueda ser descrito mediante palabras; la reflexión hace que del objeto se entienda su significado, el sentido de su esencia. El entendimiento en la lectura hace que el objeto de interés sea un texto, un discurso, un libro, el cual se aprehende a partir de las consideraciones del lector y los objetivos que cifran el acto de leer (Ferrater, 2004).

La sensibilidad se ocupa de las intuiciones, el entendimiento se ocupa de los conceptos, y estos constituyen una complementariedad. La sensibilidad es vacía sin el concepto y los conceptos son ciegos sin las sensibilidades, que interactúan, marcan la ruta de la interpretación. La sensibilidad es la facultad de comprender las cosas sin ningún razonamiento y el entendimiento es una facultad de reconocer y atender las reglas. El entendimiento es la capacidad de juzgar y debe posibilitar las síntesis, sin las cuales no se pueden construir posturas y juicios propios que lleven a enunciados necesarios y universales (Ferrater, 2004).

El ser humano nace con facultades y potencialidades, que pueden ser conducidas desde la lectura establecida en entornos educativos, laborales y sociales, donde se aceptan rutinas y metas para el cumplimiento de objetivos, desde una perspectiva evolutiva: el hombre lee hasta lo inimaginable, la trascendencia del ser se manifiesta en el lector rumiante que asimila con presteza el conocimiento de acuerdo con sus motivaciones. Solo el ejercicio continuo, pensado y sosegado de esas potencialidades le da habilidades al lector y destrezas para perfeccionarse las cuales hacen que se diferencie de sus contemporáneos (Locke, 1992).

La práctica de la lectura hace ser al lector lo que es. La diferencia del entendimiento entre los lectores y los no lectores radica en los hábitos construidos y cimentados mediante el tiempo, nadie trasciende el quehacer cotidiano, tan solo con aprender los preceptos y las reglas de una disciplina. El método ordenado de lectura fija los hábitos del lector rumiante, de la reflexión continua surgen el pensamiento lógico, la armonía del pensamiento, el orden de las ideas y el ritmo del discurso. El lector basa su entendimiento en los conocimientos previos o las apariencias de conocimiento, que lo hacen lector rumiante o no lector porque no siempre se comprende y se interpreta lo que se lee. La lectura proporciona los materiales de conocimiento y el pensamiento hace

nuestro lo que leemos. La indagación profunda sobre el origen de cada argumento hace del lector un intérprete en progreso hacia el conocimiento.

John Locke afirma: “Pertenece a la clase de los rumiantes, y no basta con que nos llenemos con un montón de peso; a menos que lo mastiquemos una y otra vez, no nos dará fuerza ni alimento” (1992, p. 87). La acumulación de información y de conocimiento no garantiza su asimilación, tan solo son ideas flotando en el cerebro. Es imperioso masticar el texto, discernir su esencia, desentrañar el código del autor; asimismo, debe evaluarse el texto, el discurso del autor, sus fuentes, hacer críticas, ponderarlo y que no pase la lectura sin que impacte y transforme el lector.

De acuerdo con Locke “según la medida en que nosotros comprendamos y veamos las conexiones entre las ideas, así progresarán las nuestras” (1992, p. 88). El lector rumiante puede intuir cualquier texto sin importar su densidad, interpretar, criticar, analizar y entenderlo para generar conceptos y argumentos para llegar con facilidad al conocimiento. La ventaja de rumiar la lectura refuerza posturas ante los textos y los discursos; lo dice Locke “la conducta del entendimiento es un progreso hacia el conocimiento” (1992), y vale más ir despacio y entender lo que se está leyendo, analizar su contenido, conocer el autor, digerir esa lectura y no dar por cierto todo lo que él dice y determinar el valor que el texto le asigna a cada término, es saber interpretar las palabras y no establecer acciones interpretativas únicas para todas las lecturas, lo cual conlleva a descubrir el método de saber pensar de manera autónoma y diferenciada, bien lo dice Valery “no hay autores fáciles, lo que hay son lectores fáciles” (Zuleta, 1985, p. 91).

Hay lecturas de difícil interpretación, para llegar a entenderlas deben escudriñarse a fondo para determinar el valor y el significado del texto, que muchas veces no está delimitado por los términos, puesto que presenta argumentos contrarios, disyuntivos, confrontaciones, porque cuando se escribe no puede ser tan explícita la realidad, se enfrenta el reto de lo implícito, se toma el riesgo de un explorador de incertidumbres, lo importante es el camino de la interpretación, a introducirse en la lectura al punto de afectar al lector, mantener su interés, sus expectativas, para que siga leyendo, porque “quien lee, se educa, se conduce hacia fuera, sale del mundo, no se escapa de él” es una lección que se puede enseñar y aprender de la lectura (Manguel, 2007, p. 7).

El placer de la fantasía y de la imaginación

Refiere William Ospina que “Leer es vivir lo que se lee, leer es dejarse conducir por el texto, leer es casi convertirse por un rato en lo que se está leyendo” (2006, p. 36). La lectura transforma hábitos, costumbres, prácticas y adquiere nuevos significados y sentidos. La iniciación de la lectura en la vida se da cuando en familia se cuentan historias, relatos de vivencias pasadas; cuentos para ir a dormir; las canciones y después, las rimas; siempre las palabras son las mediadoras entre la necesidad de comunicarse, tener compañía, despertar sentimientos, emociones y sueños, acciones gratas que desde las cosas simples de la vida fortalecen el espíritu del ser humano.

La lectura es un placer inmenso, un encuentro consigo mismo, una forma de ejercer la libertad, una posibilidad para crecer, de alimentar el poder de la imaginación. “Para leer bien no basta la técnica: se necesita la emoción, el ritmo y la entonación que permita extraer de lo que se lea toda la intensa realidad, todos los estados anímicos, todo el colorido que el texto puede ofrecer” (Ospina, 2006, p. 20). No se requieren lectores mecánicos que delecten y vocalicen bien, se requieren lectores con espíritu de niño, que la curiosidad, el asombro no se opaque con sus lecturas, sino que, en ese eterno retorno se esté presto a la admiración continua por el conocimiento.

La lectura es la ejercitación del placer, requiere tiempo, dedicación e imaginación. Estanislao Zuleta (1985) recrimina al “hombre moderno” por haber perdido la inocencia y su creatividad, ya no disfruta de la lectura por no disponer de tiempo para leer, soñar, evocar; pierde en su afán el poder de la imaginación, se opaca su fantasía, sus dioses, monstruos, prodigios y criaturas fantásticas recorren otros caminos o desaparecen temporalmente en la penumbra; las circunstancias han cambiado, los temas y los símbolos, los dragones representan la nostalgia de tiempos gloriosos, la imaginación del hombre moderno se ha tornado más seria, tal vez más intelectual (Ospina, 2006).

La inocencia en Estanislao Zuleta es la capacidad de creación; la lectura y la escritura pueden cambiar el mundo, volverlo más sensible, sensitivo, se requiere regularidad en la construcción del pensamiento filosófico. En William Ospina, la inocencia es un compromiso continuo con la fantasía, con la imaginación y con el comportamiento del ser humano. Este no puede dejar de soñar,

su imaginación no puede detenerse: “Que podamos volver a soñar con inocencia, para lo cual se tendrá que descubrir lo más difícil: como volver a vivir con inocencia” (Ospina, 2006, p. 25).

Para completar la idea, Julio Cortázar afirma que: “No hay nada más serio que un niño jugando”; la fantasía y la imaginación son acciones que demandan seriedad, compromiso solemne del autor y del lector, viven en dos mundos: el mundo racional y el mundo de la fantasía, que en la voz de un niño pueden permear el mundo y recrearlo.

William Ospina (2006), en su libro *La decadencia de los dragones*, privilegia en el proceso de lectura las sensaciones que nacen de la imaginación, el proceso creativo en la mente del lector que se torna diferente a la fantasía de los cuentos de hadas, al encanto de las mitologías, da una voz de alerta: *los dragones desaparecen lentamente de la literatura moderna*, la fantasía dio paso a la racionalidad.

Los habitantes de la modernidad exigen evidencias concretas, la desmitificación de los héroes porque ya no son tan perfectos como antes, se hicieron más humanos; creación de nuevos monstruos porque la mitología es finita; desenlaces inesperados, puede suceder cualquier cosa, el destino de los príncipes se trastoca, las princesas envejecen y los malvados triunfan. Al lector se le brindan nuevos matices para multiplicar las posibilidades de interpretación. Pero ante esto, la lógica de la racionalidad triunfa, los relatos se centran en la realidad que vive el mundo, el pensamiento moderno hace que la imaginación y la fantasía se alejen de los dragones y se creen nuevas historias, apocalipsis interplanetaria, monstruos venidos del espacio, máquinas que quieren apoderarse del planeta, emerge el poderío de las nuevas tecnologías y se adormecen los dragones.

De paso, la imaginación de los escritores de obras fantásticas (Edgar Allan Poe, Franz Kafka, Jorge Luis Borges, por ejemplo) está centrada en su pensamiento filosófico; ellos han recibido inspiración de su entorno material mediante los avances científicos y tecnológicos, descubrimientos, inventos, sin perder el norte de la inventiva literaria, los pensamientos quiméricos y la ensoñación. La conexión mágica entre los literatos es la interpretación y la representación de sus sentidos mitológicos: los “clásicos” pensados hacia lectores adultos, el terror, el miedo y las miserias humanas apretujados en un cuento; un hombre que despierta convertido en un insecto; y un laberinto mitológico

que inspira los hipertextos y las nuevas formas de pensamiento literario (Ospina, 2006).

Es imposible hablar de la literatura fantástica sin invocar recuerdos de infancia en los que acudían ángeles, duendes, hadas, héroes y por supuesto los dragones. Ospina, citando a una escritora de literatura fantástica (no menciona su nombre), afirma que la inclusión de un dragón en una obra la contamina de irrealidad. La mente de los adultos no permite propuestas fantásticas, cuentos fantasmagóricos o interpretaciones imaginarias de la realidad, en la cual solo vale la razón, las evidencias científicas y las leyes circunscritas a la experimentación y las demostraciones (Ospina, 2006).

Tal vez, la escritora tenga razón, porque desde las ciencias naturales se afirma que el único dragón que ha existido es el Dragón de Komodo, una criatura mitad reptil, mitad dinosaurio que por su contextura y mordida puede atacar cualquier ser viviente sin ningún temor; esta afirmación descarta al mágico dragón, pero no dictamina su desaparición. La puerta la abrió Gianni Rodari citando a Novalis “Si tuviéramos también una Fantástica, como una Lógica, habríamos descubierto el arte de inventar”, en esa “Lógica Fantástica”, cabrían los dragones, los duendes, los magos y hasta los gnomos (1999, pp. 13-14).

En ese talante comparativo surgen autores de ciencia ficción: Isaac Asimov, H. G. Wells, Ray Bradbury: robots que raciocinan, formulan códigos de ética e interactúan con los humanos; invasiones extraterrestres que mediante las ondas hertzianas aterrorizan ciudades enteras; ideologías represivas que le tienen miedo al conocimiento y persiguen y queman; se subvalora esa “literatura inútil” porque no aporta nada, no se entiende que esa literatura escudriña nuevos terrenos para la imaginación en las cuales los robots —con la misma galantería, de los viejos tiempos— reemplazan a los dragones, sienten, se enamoran, odian, como los seres humanos imaginativos que los crearon.

El placer de la lectura también es fantasía e imaginación, los sueños, la fantasmagoría y los antiguos dioses encuentran un nuevo esplendor mediante la interrelación de los libros con el lenguaje visual. Obras fantásticas representadas en películas de excelente factura: cine, documentales, series de televisión, que hacen que los momentos literarios sean épicos: *El Señor de los anillos*, *Harry Potter*; los relatos de *Games of Thrones* y las visiones apocalípticas de

Revolution o *Terra Nova* hacen que en sus textos, renazcan y se interpreten mitologías, aparezcan nuevas razas y nuevas formas de comunicación.

A manera de conclusión

Los *rumiantes de palabras* son seres tranquilos y apaciguados que palmo a palmo disfrutan la forma, el sonido, el significado y el sentido de las palabras. Dan cuenta de la racionalidad de la filosofía, las representaciones de la literatura y la fantasía de los cuentos y relatos; textos que se releen una y otra vez, que evocan paisajes, amaneceres, colores del atardecer. Alma Carrasco afirmó que “Leer es en parte descubrir nuevos mundos, nuevas ideas, nuevas propuestas pero también es una actividad que permite redescubrir lo que sabemos, lo que nos inquieta, lo que nos gusta. Quien así lee es un buen lector” (2003, p. 129). No puede desdibujarse la capacidad de asombro del lector ante nuevos autores, textos e historias, son un reto, pruebas que nunca lo detienen. El afianzamiento de lo leído y lo aprehendido se logra mediante la evocación de momentos memorables de lectura y escritura, la condición humana plasmada en personajes y situaciones de una novela, el gozo de un cuento o la expectativa de un relato.

William Ospina afirma que ya no somos capaces de crear esas obras épicas, fastuosas llenas de colorido, de circunstancias antiguas y medievales, pero que sí seguimos leyéndolas. Los poemas de Homero, que representa con palabras la grandeza de Aquiles, la angustia de Ulises por llegar a su querida Ítaca; recordar la inventiva de Sheherezada para crear historias en los cuentos de *Las mil y una noches*; las locuras de don Quijote de la Mancha y su querido Sancho, por los parajes españoles en la búsqueda de la justicia y la protección de las doncellas.

La literatura, las historias, la fantasía obligan a retornar a la niñez, a la inocencia, al perdón y al olvido: el niño lector y el adulto lector recrean e imaginan ambientes, contextura de los personajes, volumen de los espacios, el nudo de la historia, el final de la narración y la excitación que causa el descubrimiento de lo humano en cada personaje: el bueno, el malo, el perverso, la dama, el caballero, el malandro, la cortesana, en fin, un sinnúmero de sensaciones que logra el *rumiante de palabras* cuando su imaginación le permite conducirse por caminos insospechados.

Animar a niños, jóvenes y aún a los adultos hacia la lectura en cualquier tipo de soporte (papel, digital, electrónico) hace relevante la práctica del lector, su imaginación y perseverancia; esto es significativo porque la lectura forja el espíritu filosófico, transforma la mente e impulsa el progreso del individuo y de la sociedad. Edmund Gosse afirmó que:

[...] en cuanto a mi devoción pienso que mis padres se equivocaron al excluir lo imaginario de mi visión de la realidad. Querían hacer de mi alguien veraz; me volví en cambio categórico y escéptico. Si me hubieran envuelto en los blandos pliegues de la fantasía, mi mente se hubiera contentado por más tiempo con seguir sus tradiciones sin ánimo de cuestionarlas. (Gosse, citado por Manguel, 2007, p. 5)

El lector también se forma mediante lecturas disciplinares que fundamentan su conocimiento académico y profesional, pero más allá del contexto técnico de las disciplinas está la literatura, los textos fantásticos y de ciencia ficción, son libros cortos y voluminosos nacidos del sueño de pueblos, siguen siendo libros leídos por los niños y se espera que sean referentes en la lectura de los adultos. No olvidemos que el primer camino trazado hacia el mundo de la lectura fue la literatura, historias de los abuelos, cuentos y anécdotas de los padres. Luego, los cuentos infantiles que en la biblioteca del hogar y en la biblioteca de la escuela marcaron el recorrido de los *rumiantes de palabras*.

Harold Bloom dice que “no hay una sola manera de leer bien, aunque hay una razón primordial por la cual debemos leer. A la información tenemos acceso ilimitado pero ¿dónde encontramos la sabiduría?” (2000, p. 21). Aprender mediante la lectura de literatura es crecer interiormente, intentar comprender un buen libro y adquirir la sabiduría que proviene de esos autores maravillosos es un reto. La lectura y la literatura conjugan dos elementos básicos en la formación del lector, parafraseando a María del Pilar Núñez, se puede asegurar que la lectura es la acción cognitiva que hace entender la grandeza de la literatura, un género implícito en el canon de un lector. La literatura se considera una disciplina de escritura fundamentada durante muchos siglos, posee dos motivaciones: la motivación a leer, llevar de la mano al lector por caminos insondables, por mundos desconocidos; y la motivación a escribir, cada lector construye su propio molde de escritura, un estilo que permite el riego de la creación de textos, la exposición de ideas y las críticas y los aportes de otros lectores (Núñez, 2008).

La lectura no se puede enseñar de una sola manera, las formas de lectura van cambiando con la tecnología y las nuevas formas de escritura. Se comprende que no todas las personas leen de la misma forma, aprender a leer y escribir no son lo mismo, por esta razón, cuando se enseña a un niño a leer se debe comenzar por el reconocimiento, el significado y el sentido de la escritura. El fin último de la lectura es la recreación del conocimiento existente y la creación de nuevo conocimiento.

Referencias

- Asolectura Club de lectores (2007) [*Término de búsqueda: la decadencia de los dragones*]. Bogotá: 2008. Recuperado el 12 de septiembre de 2009, de www.clubeselectura.blogspot.com/2007/11/la-decadencia-de-los-dragones.html
- Barthes, R. (2009 [1976]). Sobre la lectura. En *El susurro del lenguaje* (pp. 45-58). Barcelona: Paidós.
- Bloom, H. (2000). *Cómo leer y porque leer*. Bogotá: Norma.
- Carrasco, A. (2003). La escuela puede enseñar estrategias de lectura y promover estrategias de lectura y promover su regular empleo. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 8 (17).
- Chartier, R. (2008). Aprender a leer, leer para aprender. En J. A. Millán. *La lectura en España Informe 2008. Leer para aprender*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Federación de Gremios de Editores de España.
- Del Col, J. (2007). *Diccionario auxiliar español-latino para el uso moderno del latín*. Bahía Blanca, Argentina: s. e.
- Ferrater, J. (2004). *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Ariel.
- Ferreiro, E. (2000). *Leer y escribir en un mundo cambiante*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freire, P. (1981). *La importancia del acto de leer*. Trabajo presentado en la apertura del Congreso Brasileño de lectura. Campinas, Sao Pulo, Brasil.
- Freire, P. (1994). *Cartas a quien pretende enseñar*. México: Siglo XXI.
- Gadamer, H. (1993). *Verdad y método* (5ª ed.). Salamanca: Sígueme.
- Jaeger, W. (2001). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: FCE.

- Kalman, J. (2003). El acceso a la cultura escrita: la participación social y la apropiación de conocimientos en eventos cotidianos de lectura y escritura. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, VIII (17).
- Kalman, J. (2004a). El estudio de la comunidad como un espacio para leer y escribir. *Revista Brasileira de Educação* (24), 5-28.
- Kalman, J. (2004b). *Saber lo que es la letra: una experiencia de lectoescritura con mujeres de Mixquic*. México: Siglo XXI.
- Locke, J. (1992). *La conducta del entendimiento y otros ensayos póstumos*. Madrid: Anthropos.
- Manguel, A. (2007). *101 aventuras de la lectura*. México: Artes de México.
- Martín Barbero, J. (2005). *Los modos de leer*. Entrevista realizada por Omar Rincón acerca de la conferencia de Jesús Martín-Barbero en la Semana de la Lectura CER-LALC en el panel "Lectura y medios de comunicación". Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.
- Nietzsche, F. (1993). *Así habló Zaratustra*. Barcelona: Ediciones Altaya.
- Ospina, W. (2006). *La decadencia de los dragones*. Bogotá: Norma.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española* (22ª ed.). Madrid: Espasa. Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>
- Rodari, G. (1999). *Gramática de la fantasía*. Bogotá: Panamericana.
- Vásquez, F. (2007). Tesouro de los buenos lectores. *Revista de la Universidad de La Salle*, 43.
- Zuleta, E. (1985). *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos*. Bogotá: Procultura.